DISCURSO

leido al inaugurar sus trabajos la sección literaria de la sociedad

SANCHEZ OROPESA,

en la noche del dia 31 de Diciembre de 1888.

SEÑORES:

LA Sociedad "Sánchez Oropesa," cumpliendo una de las obligaciones que se impuso en sus estatutos, y realizando uno de sus más vivos deseos, inaugura en esta noche sus trabajos literarios. No estando aún definitivamente organizada la sección que debe tomar á su cargo estas tareas, no ha hecho la elección de Presidente, y por este motivo, siéndolo yo de la Sociedad, me ha tocado dar principio á nuestros estudios, leyendo este discurso. ¡Empeño doblemente satisfactorio para mí, porque me proporciona la oportunidad de dar un testimonio público de agradecimiento á las personas que han organizado esta modesta fiesta de familia, y de decir algo en elogio de las letras á cuyo culto he consagrado los

breves ratos de solaz que he robado á ocupaciones de otro género!

¡Grato es para nosotros, señores, vernos tras largos años de apartamiento y de desvío, reunidos de nuevo en esta casa, que fué el abrigo de nuestra infancia, y el limitado teatro donde se desarrollaron las variadas é interesantes escenas de nuestra primera juventud! El amor puro y desinteresado de las ciencias y de las letras tiene para nosotros dobles atractivos, cuando viene unido al recuerdo de nuestros pesares comunes y de nuestras comunes alegrías. Al través de los años nos reconocemos todos como miembros de una sola familia, y alimentados por la misma doctrina, conservando las mismas tradiciones, hemos puesto nuestra asociación bajo el amparo de un nombre por todos venerado, consagrando así la memoria de un sacerdote respetable, cuyos beneficios han llegado hasta nosotros.

Pero si han sido grandes y sinceros mis deseos de obsequiar la invitación que se me ha hecho de hablar en esta ocasión no han sido menores las dificultades que he experimentado cuando me he detenido á meditar por un momento, en el asunto que debiera elegir como tema de este discurso Se trata, señores, de un discurso inaugural, y éste debiera ser una obra pulida y acabada, modelo en el arte del bien decir, producción digna de vuestra cultura y del renombre de nuestra sociedad; debiera ser un cuadro compendiado sí, pero brillante, lleno de movimiento y de calor, de las bellezas sin cuento de la literatura general. La persona á quien hubieseis encomendado este discurso debería someter á vuestra consideración algunas apreciaciones nuevas sobre la literatura contemporánea, debería hacer la exposición clara y completa de sus ideas literarias; ó cuando menos, presentaros algo que fuese como el programa de nuestros estudios subsecuentes.

Pero nada de esto he podido hacer yo: diré más, nada de esto convenía que hiciese. La índole de esta reunión, repugnaría todo estudio dilatado y prolijo, y cualquiera de los asuntos que he indicado, exigiría para ser tratado con mediano acierto, un ámplio desarrollo.

He preferido pues, aun á riesgo de infringir aquella conocidísima regla de oratoria que nos prohibe hablar de nosotros mismos en nuestros discursos, evocar mis recuerdos personales. Me ha parecido que de esta manera podría tal vez llegar á descubrir cual es el orígen de ese secreto atractivo que tiene para nosotros el cultivo de la bella literatura, en cuyo elogio nos legó la

antigüedad clásica por boca de Cicerón aquellas magníficas frases tan frecuentemente repetidas; aquellas palabras tan hermosas, sobre la utilidad y el deleite que proporciona el cultivo de las letras. ¡Tal vez de esta manera logremos formarnos una idea clara del fin que nos proponemos en nuestros estudios!

Os he dicho que para explicar mi pensamiento tendría que evocar mis recuerdos personales.

Me encontraba yo en la adolescencia. Los pesares que turbaron la tranquilidad de los primeros años de mi vida, habían modificado notablemente mi caracter, ántes festivo y bullicioso. Natural era que después de haber visto á la muerte visitar aquella humilde morada asilo de paz y de ventura, y á la miseria llamar á las puertas de aquella casa, donde reinaba antes un modesto bienestar, y se albergaban tan gratas ilusiones al abrigo de un padre cariñoso; era natural, repito, que mi alma se encontrase atormentada por profundos dolores, y que como todos los desgraciados buscase en la soledad y en el comercio con los libros, aquellos consuelos que no se encuentran en el trato de los hombres y en el bullicio de las ciudades.

Dominado por estos sentimientos me di-

rigí un día á uno de esos poéticos lugares que tanto abundan en las cercanías de nuestra hermosa ciudad.

Un sol canicular agostaba las plantas y hacía que se doblasen como desfallecidos sus delicados tallos. Los frondosos árboles, más comunes entónces que ahora, en los lugares inmediatos á los sitios poblados de la ciudad, apénas si prestaban algún abrigo á los pájaros, que silenciosos buscaban en su tupido follaje un lugar en que librarse de los ardores del sol. Escuchábase apénas el zumbido de los insectos, y allá á lo lejos, de tiempo en tiempo, el de alguna oveja descarriada, el ronco crujir de las ruedas de algún carro, ó el cantar agudo y melancólico del humilde labrador, dirigiendo el tardo paso de sus bueyes.

Llevaba yo un libro bajo el brazo. Era uno de tantos que la casualidad había hecho caer en mis manos, y que devoraba con verdadera ansiedad.

Le abrí al acaso, y encontré un artículo firmado *Aimé Martin*, nombre para mí, en aquel entónces, enteramente desconocido Comencé á leerle: se intitulaba "Los Mundos imaginarios." Se explicaba en él con encantadora sencillez la insuficiencia de la vida real para satisfacer las necesidades del espíritu, dar cumplido lleno á las inextin-

guibles aspiraciones del alma y calmar las perpetuas agitaciones del corazón.

El autor se proponía, á lo que recuerdo, demostrar que el hombre vive perpetuamente una vida ideal, distinta de la vida real, y frecuentemente en oposición con ella. Allí pasaba revista á todas las edades y á todos los hombres, desde el niño que abandonando los juegos propios de la infancia, viene presuroso, al lado de su nodriza para escuchar, pendiente de sus labios, las maravillas del mundo de las hadas, y oír hablar de los palacios encantados guardados por el terrible ogro, hasta el guerrero árabe que fatigado por los ardores del sol en la inmensidad del desierto, olvida de noche los peligros que le rodean, y á la luz de las estrellas, escucha atento, bajo su portátil tienda, las relaciones maravillosas de un anciano ó las hazañas extraordinarias de los jefes de la tribu. En ese precioso libro me pareció comprender cómo Napoleón, el genio más vasto y más universal de los tiempos modernos, el guerrero de inquebrantable voluntad y de triste y sombría mirada, de rostro pálido é impasible, como modelado sobre un bronce antiguo, perseguía un ideal de grandeza, de gloria y de poderío, que nunca llegó á realizar; como en Beethoven, naturaleza eminentemente ar-

tística, la vida del espíritu, venciendo la impotencia de los sentidos, se desbordaba en inimitables armonías en el último banquete dado á sus discípulos bajo la enramada de un jardín, rompiéndose su pecho en seguida, como se rompen las cuerdas de una lira bajo la presión poderosa de la mano del artista, que embargado de entusiasmo pretende sacar de ella nuevos y más vigorosos sonidos.

Este libro no era mas que la expresión poética de esta verdad tan frecuentemente repetida: que el hombre no puede encontrar una felicidad completa acá en la tierra, que busca siempre algo que está más allá de este mundo, que siente dentro de sí algo que es como el presentimiento de sus altos destinos. Pero no sé por qué despertó en mí algo que me atrevería á llamar, si no temiera que se tomase como un rasgo de vanidad, el sentimiento literario.

Porque, en efecto, señores, ¿qué cosa es la literatura, sino esa incesante aspiración á la belleza ideal, á alguna cosa que no existe aquí en el mundo que nos rodea, más allá del cual el espíritu entreve horizontes sin límites, oceanos de luz que ofuscan nuestras miradas, torrentes de armonías que no pueden expresar ni las palabras ni los sonidos que conocemos? Nuestra alma presiente in-

tensísimos placeres, en nada comparables á lo que en este mundo sentimos, amores sin límites y sin medida, sin reservas y sin flaquezas, que nunca llegarán á saciarse ni á extinguirse.

Y como este bello ideal de la humanidad se le presenta bajo todas las formas; como es perseguido por el hombre bajo todos sus engañosos aspectos; como se extiende á todas las esferas en que el alma puede ejercer su actividad, resulta que lo bello, objeto supremo de las aspiraciones de la voluntad del hombre, y la literatura, expresión de la belleza sentida ó presentida por él, abrazan y comprenden todas las manifestaciones de la vida intelectual.

Esta especie de presentimiento mío, me hizo después acoger con entusiasmo la definición de literatura que han dado algunos críticos modernos, diciendo que su objeto es la expresión de la belleza ideal, de preferencia á aquellos otros que le señalan como fin y como medio la imitación sencilla de la naturaleza.

Pude entónces explicarme, por qué Lamartine, renunciando á definir la poesía, la más bella de las formas literarias, dice que no es ni el ritmo, ni la rima, ni el canto, ni las imágenes, ni el color; que es todo esto y más que esto todavía, concluyendo con

estas palabras: "Varias veces he oido decir ¿qué es la poesía? Cuestión vaga, que en mi concepto equivaldría á preguntar, ¿qué es la naturaleza?; ¿qué es el hombre? No es posible definir cosa alguna, y esta misma impotencia constituye la suprema belleza de toda cosa indefinible." Y ya no me fué tampoco difícil comprender después, por qué el mismo escritor nos enseña, en otra parte, que la palabra literatura, en su significación más universal, comprende la Religión, la Moral, la Filosofía, la Legislación, la Política, la Historia, la Ciencia, la Elocuencia, la Poesía: en una palabra, todo lo que bendice, todo lo que consagra, todo lo que civiliza, todo lo que enseña, todo lo que gobierna, todo lo que perpetúa, todo lo que encanta al género humano."

De esta noción tan vasta de la literatura, se deducen varias consecuencias que me atrevo á apuntar aquí, por la importancia que tienen en los estudios que vamos á emprender.

Siendo la literatura la expresión del bello ideal, bajo todas sus formas y bajo todos sus aspectos, se deduce necesariamente, que si bien esta belleza ideal tiene un principio de unidad, por la unidad fundamental de la naturaleza humana, es frecuentemente modificada por el carácter de cada indi-

viduo, y por las circunstancias exteriores que le rodean. De aquí procede el carácter que podemos llamar subjetivo ú objetivo, sirviéndonos de los términos empleados por la moderna crítica alemana, de cada una de las obras literarias, producto muchas veces de la elaboración de muchos siglos, manifestación vigorosa de toda la vida intelectual de un pueblo, como la Iliada de Homero, ó de una época, como la Divina Comedia del Dante.

Dedúcese también que cada período literario, tiene, aparte de un fondo común del que no es posible prescindir, sus caracteres propios, resultado de la manera de concebir el bello ideal. Así se explica el carácter panteista de la literatura india, el carácter antropomórfico de la literatura griega, y el carácter sintético de la literatura romana. En la India, donde una naturaleza exuberante y prodigiosamente vigorosa todo lo avasalla y todo lo domina creeriase que desaparece el hombre, y que se pierde bajo un sol abrasador, en presencia de las encumbradas cimas del Himalaya, á las orillas del Gánges, cuyas caudalosas aguas inundan gran parte de las tierras, depositando en ellas gérmenes de muerte. El bello ideal de la India es la grandeza, lo colosal: sus ídolos representan, no la suprema

belleza de la forma humana, sino la asombrosa fecundidad de la madre naturaleza; su sistema religioso es una silenciosa espectativa de los males ó bienes que vienen sobre el hombre; su sistema filosófico es el panteismo, en el que todo se pierde en la inmensidad de un Sér único, principio y fin de todas las cosas, y del cual todas las cosas existentes no son sino diversas y divinas manifestaciones; y su sistema literario corresponde como es natural, á estas dos concepciones generadoras de todas sus ideas y orígen de todos sus sentimientos.

Viene después la Grecia. Su bello ideal es la forma humana. El Oriente—dice un escritor—revela al hombre los secretos del mundo de la naturaleza, del mundo de Dios, la Grecia, los secretos del mundo del arte; del mundo del hombre.

Este mira frente á frente los terribles problemas, cuya solución definitiva buscó en vano la humanidad por tantos siglos, y en la poesía dramática de la Grecia, la más perfecta y la más acabada, nos presenta á Prometeo eternamente castigado de su osadía, por haber robado el fuego celeste, condenado á que un buitre le devore eternamente las entrañas, encadenado allá en las cumbres del Cáucaso; á Edipo, víctima inocente de la ciega fatalidad, y también algu-

nas veces, tipos purísimos del amor conyugal y filial en Andrómaca y Antígona.

El culto de la forma humana fué llevado por los griegos hasta la exageración. No solo dieron á sus dioses forma y pasiones humanas, sino que también humanizaron, divinizándolas, las fuerzas de la naturaleza. Los bosques de Grecia están poblados de sátiros y faunos, sus fuentes de náyades y nereidas: el viento que sopla obedece los mandatos de Eolo, las tempestades son suscitadas por Neptuno, y sus dioses tienen su morada en la poética cumbre del Olimpo.

"Roma—dice Castelar—fundió en un solo molde la idea del Oriente y la idea griega, el mundo del Dios-Naturaleza y del hombre divinizado; y esta idea trascendental constituye la vida de la sociedad romana, se refleja en la división social de patricios y plebeyos, aquellos con sus formas religiosas y legales, estos con su constante aspiración á la igualdad, y por eso vemos que en su religión se congregan todos los dioses, en sus leyes se funden todos los derechos en sus actos se reproduce el génio de todos los pueblos y en su parnaso guarda laureles para todos los poetas."

La idea cristiana vino á cambiar radicalmente la concepción de la belleza suprema, y produjo, como era natural, una nueva literatura, manifestaciones nuevas de la vida intelectual del hombre. No tengo tiempo de hablar aquí detenidamente de este asunto, y me limito, por lo mismo, á llamar vuestra atención acerca de un hecho por demás interesante.

La idea cristiana produjo en el espíritu del hombre una concepción nueva de la naturaleza. Aparte de la pureza de las creencias y de su reconocida influencia en las concepciones puramente metafísicas, dió orígen á lo que después hemos llamado poesía descriptiva.

Esta es una observación curiosa que encontraréis en los escritos de un sabio ilustre, en los cuales sorprende el encontrársela, atendiendo al carácter exclusivamente científico de sus elucubraciones. Me refiero al célebre Baron de Humboldt, en su obra intitulada *Cosmos* ó Ensayo sobre la descripción física del Mundo. "El mundo nuevo—dice—no ha podido romper bruscamente con el antiguo; pero los cambios verificados en las aspiraciones religiosas de la humanidad, en los sentimientos morales, y aun en la vida exterior de los hombres, obrando sobre el espíritu de la multitud han hecho brillar repentinamente lo que hasta entónces había escapado á la imaginación. El cristianismo dispuso á los espíritus á buscar en

el órden del mundo y en la hermosura de la naturaleza el testimonio de la grandeza y de la excelencia del Creador. Esta tendencia á glorificar á la Divinidad debió guiar el gusto de las descripciones."

Algún crítico ha creido encontrar en Lucano, poeta que floreció en tiempo de Nerón, una tendencia á la poesía puramente descriptiva. Sin tener este poeta ni el sentimiento vivo de la belleza artística que poseía Virgilio, ni la inspiración de Horacio, ni la ternura de Tíbulo; tenía algo más humano, algo que era como la síntesis del génio romano en aquella edad, y la revolución que se iba verificando en el mundo antiguo, en ninguna otra parte se revela mejor que en las descripciones de la naturaleza, que nos ha dejado este poeta. (1)

Pero sea lo que fuere de esta opinión, no por eso es ménos cierto que las más hermosas descripciones del mundo sensible se encuentran después del advenimiento del Cristianismo. Esas armonías misteriosas entre el estado de nuestra alma y de los objetos que nos rodean, esa tendencia del hombre á hacer subjetivas todas sus concepciones, que

(1) Veáse la descripción del Bosque de Marsella en el lib. 3. de la Farsalia, y á Nizard "Estudios sobre los poetas latinos de la decadencia."

forma uno de los carácteres de las literaturas modernas, se encuentran bien determinadas en algunos pasajes de los padres de la Iglesia. Son tan hermosas y poéticas algunas de sus descripciones, que sólo el temor de fatigar vuestra atención, me priva del placer de copiarlas aquí. Si os las leyese, sin deciros de donde las había tomado, creeriais escuchar uno de los más bellos pasajes de alguno de nuestros poetas contemporáneos. (1)

La edad media persiguió también su bello ideal, y excusado es decir que esa época de grande fé y de grandes crímenes, de sentimientos purísimos y delicados y de ásperas y rudas costumbres, en que todo estaba en fermento y confusión, preparándose el feliz alumbramiento de las sociedades modernas, está magníficamente representado en el sublime poema del Dante.

Los tiempos modernos manifiestan una tendencia muy marcada al individualismo. Va desapareciendo el Estado como personificación de todas las fuerzas sociales, para ser sustituido por la política, que es la participación de todas las clases en los ne-

(1) Vease á Villemaine "Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV" y la obra de San Basilio, intitulada: "El Hexameron ó Discurso sobre la obra de los seis días de la Creación."

gocios públicos de una nación; las creencias se han en gran parte individualizado por el respeto que hoy se profesa á la libertad del pensamiento. Es, por lo mismo, más difícil, si no imposible sintetizar la sociedad moderna. Esto explica por qué entre las varias formas literarias predomina la poesía lírica, eminentemente subjetiva; y por qué han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho hasta ahora para dotar á la literatura contemporánea de un poema épico, comparable, aunque de léjos, á los grandes poemas de la antigüedad.

La segunda consecuencia que se deduce de la noción de la literatura, en el vasto sentido en que la hemos tomado, es su influencia sobre las costumbres y las instituciones de los pueblos, así como la que las ideas dominantes en una época, las aspiraciones al bello ideal, tal como se le concibe en un período histórico determinado ejercen sobre las producciones literarias de la misma época. No tengo tiempo para detenerme en este punto. Me basta recordaros que él ha servido de materia á una obra escrita por una mujer, justamente célebre, cuya profundidad de miras y cuyo elevado talento serán siempre dignos de admiración, por más que en su época sus opiniones y doctrinas literarias hayan sido acerbamente censuradas.

Todos vosotros conocéis la obra de Madama de Stael á que me refiero, intitulada: "De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales."

La última consecuencia, derivada de la definición que he dado de la literatura, es que ella abraza y comprende todas las manifestaciones del espíritu humano.

Siendo la aspiración á la belleza ideal, que no es mas que una de las formas con que se revela lo infinito, una necesidad inmanente del espíritu del hombre, resulta que este encuentra, ó cree encontrar la belleza en todo lo que le rodea. Hay la belleza de la naturaleza, la belleza de la ciencia, la belleza de las acciones, la belleza de la virtud. Un filósofo profundo y pensador eminente de nuestra época, Royer Collard, decía con este motivo las siguientes palabras, que sin querer se vienen á mi memoria: "Lo bello se siente, y no se define. Se halla en todas partes, en nosotros y fuera de nosotros, en las perfecciones de la naturaleza y en las maravillas del mundo sensible, en la energía independiente del pensamiento solitario, en en el órden público de las sociedades, en la virtud y en las pasiones, en el llanto y en el placer, en la vida y en la muerte."

He aquí por qué, señores, nunca he dado importancia á las rivalidades de las escue-

las literarias. En mi humilde juicio, hay en en este género de discusiones, más presunción y vanidad que sentimiento sincero y profundo de la belleza. He aquí por qué no desdeño la escuela literaria que florece en nuestros días y que ha dado en llamarse naturalista, debiendo á mi parecer, llamarse más bien realista, siempre que, manteniéndose fiel al concepto legítimo de lo bello y satisfaciendo la aspiración eterna de la mente humana á la belleza ideal, sepa descubrirla á través de las escenas más comunes de la vida, que tienen también sus encantos y su poesía, cuando están animadas por los sentimientos morales, manantial perpétuo de fecundas inspiraciones.

Señores. Apenas he tenido tiempo de escribir este discurso, y os ruego que disimuléis sus muchas imperfecciones. He tomado la palabra literatura en su acepción más general; y por eso no os he hablado en particular de las ciencias, á cuyo estudio pensamos también dedicarnos con afán. Hubiera sido interminable este discurso si os hubiera hablado de todo lo que tenemos que estudiar, de lo mucho que trabajar debemos para cumplir con la obligación que voluntariamente nos hemos impuesto.

Lo que os he dicho basta para que comprendáis cuan fecunda es la materia, cuan

grandes han de ser nuestros esfuerzos y cuánto el provecho que alcanzaremos si continuamos con fé y constancia los trabajos que ahora comenzamos. Ayudándonos los unos á los otros, comunicándonos mutuamente nuestras reflexiones y el resultado de nuestros estudios, todos trabajaremos en nuestro común aprovechamiento.

Señores: os felicito cordialmente porque la Sociedad "Sánchez Oropesa" ha dado una prueba más de que sabe cumplir sus compromisos. Inaugurada hace apenas tres meses, ha dado comienzo en esta noche á los estudios literarios que tenía ofrecidos; y como esta festividad se verifica en una noche que es para todos, noche de serias y graves meditaciones, algunas veces de hondas tristezas, y también de gratas ilusiones noche en que nos despedimos del año que ha pasado, llevándose parte de nuestra propia vida, para saludar al año que viene, simbolizando para muchos la esperanza, ocultando para todos los misterios del porvenir; como también habéis querido al elegir esta noche darme una prueba que en mucho estimo, pero que no era necesaria, de vuestro sincero aprecio, muy de antemano cordialmente correspondido; y aun habéis determinado que se verificara en este lugar que guarda para todos nosotros tan gratos y dul-

ces recuerdos, á la vista de estos jóvenes en cuyo beneficio principalmente nos proponemos trabajar y á quienes profeso paternal cariño; como á esta nuestra modesta reunión no han faltado ni los atractivos de las gracias ni los encantos de la belleza, termino este desaliñado discurso, haciendo los votos más sinceros por los adelantos y progreso de nuestra sociedad, por el mejoramiento de este Colegio á cuyos profesores y alumnos debo esta manifestación de mi sincero agradecimiento, y por nuestra común felicidad en el año que en este momento va á comenzar.

DIJE.

DISCURSO

leido con motivo de la inauguración de los nuevos salones á los cuales fué trasladada la biblioteca del Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba.—Septiembre de 1889.